

## HOW TO BE A BAD INDIAN

VÍCTOR JIMÉNEZ

Hace unos diez años asistí, en Morelia, a uno de esos encuentros que la burocracia cultural organiza para recordar el tema que la ubica en los organigramas. A pesar de todo puede ocurrir en tales ocasiones algo interesante, y en esa oportunidad la primera intervención estuvo a cargo de un alto funcionario del gobierno estatal, un hombre aún joven que se presentó vestido de manera informal y nos dirigió unas palabras en purépecha. Concluido su discurso inicial nos habló en español, diciendo, para empezar, que seguramente la mayoría de quienes lo escuchábamos no habíamos entendido una palabra de lo precedente, y que eso ya era para él un buen tema de discusión en el marco de aquella reunión.

Durante el coffee break un amigo que también andaba por allí y conocía bien al orador michoacano me dijo que éste tenía un doctorado en astrofísica por la Universidad de Heidelberg, y que era una eminencia en la materia. Así que —reflexioné—también pudo recibirnos con un discurso en alemán sobre el big bang... Me aclaró este amigo asimismo que era "un indio purépecha puro". Un Benito Juárez de la ciencia, pensé.

Todavía me pregunto si aquel hombre, cuyo nombre he olvidado, caería dentro de la definición oficial mexicana de "indio", ese revoltijo de racismo paternalista, etnología barata e hipocresía que hace descansar tal categoría en el empleo de una lengua nativa. Para la burocracia mexicana no hay duda de que son "indios" los que sólo hablan uno de estos idiomas, e incluso quienes hablan además español, pero ya no aquellos que hablan sólo español. Así que no sabemos qué pensará el gobierno mexicano de los hijos de los mixtecos emigrados a California que hablan ahora mixteco e inglés, sin haber pasado nunca por el español. ¿Serán antimexicanos, como piensa una señora de su sirvienta ñañaño, de la que me dice que no entiende español, dizque lee la Biblia y ya se hizo evangelista? ¿Y qué pasa con los que hablan alemán y estudian el origen del Universo?

Puesto que es el criterio lingüístico el que importa, no hay racismo en México si hablamos de las condiciones en que vive una vasta mayoría del país que no conoce idioma nativo alguno pero tiene las características que la antropología física considera propias de los nativos americanos. Estos millones ocupan los sótanos de la distribución del ingreso, con todo lo que esto acarrea, y no se engañan (pese a la lingüística visión oficial de las cosas) cuando consideran que su mala situación responde sobre todo al color de su piel y a otras características físicas propias de los "indios". Por si hiciese falta, los criollos o mestizos medianamente pálidos se lo recuerdan cuando quieren insultarlos, al decirlos precisamente "indios" (o "nacos"). Hablar mal el español sólo empeora las cosas, pero en los Estados Unidos, considerado por muchos mexicanos como el colmo del racismo, al menos las estadísticas sobre la marginación social y económica no recurren al delirante expediente de

evaluar la manera de pronunciar el inglés de los miembros de la población de origen africano para considerarlos "negros".

Hay otra sorprendente consecuencia del criterio lingüístico para definir a alguien como "indio" en México: si yo no tengo como idioma materno el tzotzil, pero lo aprendo más tarde, ¿paso a ser clasificable, ante quienes hacen el censo, como "indio"? La lógica del criterio oficial mexicano en la materia así lo exigiría, y si esa pesadilla encapuchada que agobia a los últimos secretarios de Gobernación, el subcomandante Marcos, habla la lengua mencionada, ¿puede ser considerado "indio"? ¿Toma o no en cuenta Gobernación el color de la piel y de los ojos?

Juan Rulfo esbozó un fragmento literario en que abordaba irónicamente estas cuestiones. Comienza así:

"Cuando lo conocí se llamaba Candelario José. Años más tarde apareció con el nombre de Candelario Lepe porque según él ya había dejado de ser indio. En la cárcel aprendió a leer y escribir y algo de leyes."

[El narrador recuerda su último encuentro con este personaje porque muy pronto habría de requerir sus servicios:]

"Eso fue a mediados de julio del 68. Y quién iba a imaginar que tres meses más tarde yo andaría detrás de él con una larga lista de gente, entre la que estaban mis tres hijos, suplicándole gestionara su libertad a como diera lugar.

"-Favor por favor -me dijo-. Tú me consigues un certificado y yo hago las gestiones pertinentes.

"-Qué clase de certificado? -le pregunté.

"-Un documento legitimado ante Notario

Público de que no soy indígena.

"-Esos documentos no existen -le dije.

"-Pero sí proceden -me alegó.

"-No, no hay nadie que extienda un certificado de esa naturaleza. No se necesita. Si tú no sientes que eres indio, pues has dejado de ser indio y ya. Y si no, dice ¿A qué tribu perteneces? Ala de los pelos parados, o a la de los 'patas prietas', tal vez, o a cuál?

"No -dijo él-. Fui meco."

[Candelario explica por qué desea el certificado: cuando regrese a su pueblo y vuelvan a decirle "meco" quiere restregarles el papel en la cara acusarlos difamación. Sur y por interlocutor repara:]

"—Mira, Candelario Lepe, estás haciéndote la vida difícil, simplemente andas buscando complicarte la existencia. Alguien dijo, no recuerdo quién, que 'para ser indio, se necesita sentirse indio, vivir como indio, vestirse de indio, etcétera, y pensar etcétera'. Yo no veo cuál es tu problema. —Pues la cuestión conmigo es bien clara. Quiero ir a Juchipila y que me traten como a gente de razón, como lo que soy. ¿O no lo soy?

"—Sí, sí lo eres.

Y que me traten como a gente decente, ¿o no lo soy?, contéstame.

"—Bueno, no sé cuál es la diferencia.

"—,Cómo que no sabes cuál es la diferencia?

"—Mira al frente —dijo, mientras ponía sus manos empuñadas y hacía que yo también Pusiera las mías junto a las suyas.

Ahora dime —me dijo— ¿cuál es la diferencia?

"—Esto no tiene ninguna importancia.

"—¡Cómo que no la tiene, con un carajo!

Vamos a ver, ¿qué distingues?

"—Unas uñas más largas que otras —le dije—.

Además las tuyas están más las pulidas que mías.

"—Eso es por el manicure; pero yo hablo del color de las manos. Anda, habla.

"—¿Y de qué quieres que hable?, sólo veo cuatro manos y ya.

"—No te hagas pendejo. Quiero que tú me digas qué color es más retinto; pero quiero que seas tú quien lo señale.

"—No —le dije yo—. Puede que te enojas conmigo. Eso es lo que estás buscando, algún pretexto para echarme en cara algo. Que soy racista o algo por el estilo.

"—¿Ya ves? Ya salió a relucir lo de la raza y de allí a decir que tengo las manos de indio prieto no falta nada, ¿ves?"

Gabriela Fonseca es autora de la tesis profesional *Del mismo barro... acercamiento periodístico al racismo en la ciudad de México*. Se ocupa allí del tratamiento mediático del tema racial en México, y le sorprende que, siendo un problema tan grave (y flagrante), nadie lo estudie nunca. Porque Fonseca encontró que la bibliografía sobre el racismo en México es prácticamente inexistente, a pesar de no afectar a una minoría del país, sino a su población mayoritaria. Dice, así, que uno de los objetivos de su trabajo era "señalar la dificultad que existe en reconocer el prejuicio cuando se vive con él, sumergido en él". Le comentaba yo a esta periodista que una de las causas de tal falta de conciencia debe buscarse en la tradición historiográfica conservadora que comenzó a escribirse al llegar los españoles a México. Los "indios" no merecieron siquiera un nombre propio, y aún conservan el asignado por un error geográfico, lo que apenas ahora, en Estados Unidos, se intenta corregir con la expresión "native americans" (que un autor español como Antonio Muñoz Molina rechaza, quizá porque no reflexiona que con igual desdén geográfico los franceses aún acostumbran referirse a los españoles como "africanos", para no hablar de que en España, hoy, "hacer el indio" significa "hacer el idiota"). Para los frailes-inquisidores —como tal vez recuerde algún lector de esta revista— la existencia de los nativos mexicanos era un error que sólo la mayor piedad cristiana, con el eficaz complemento de la hoguera, podía atenuar. En síntesis, las raíces de nuestro racismo son

culturales, y las tenemos tan pegadas a la piel que resulta intolerable mencionarlas. Es por ello tan difícil escribir y publicar algo al respecto.

Hace poco un amigo arquitecto puso en mis manos un documento, en papel membretado, que refleja la visión de las cosas que presta a nuestro racismo gran parte de su invisibilidad. Se trata del guión de una exposición mexicana, oficial, que se presentará pronto en Alemania. Comienza con una especie de explicación de por qué los indios mexicanos han sido secularmente tan buenos. Lo cito en parte de manera casi literal, omitiendo algunas frases de carácter técnico. No requiere de grandes comentarios, como no sea que difícilmente se puede hacer en tan poco espacio una exhortación más nostálgica (*wishful thin-king* a estas alturas) para que los indios mexicanos regresen al redil, con apoyo en esa visión idílica del régimen colonial español –convertido en destino inmutable– que tiene en Lucas Alamán y José Vasconcelos algunas de sus cumbres más conspicuas. Si este guión fuese la respuesta oficial a Chiapas (para ilustrar sobre el tema al selecto público de las naciones civilizadas) resulta curioso no encontrar en él sino la consabida letanía de lugares comunes que integra la visión conservadora de la historia de México. También podría recordarse que una lectura de la virgen de Guadalupe que olvide a Edmundo O'Gorman es tan *vi-gente*, hoy, como la creencia en el derecho divino de los reyes:

"El Alma Mexicana. Mensaje central.

"–La devoción, la tolerancia y la vocación de libertad son las componentes del alma mexicana.

"–El alma mexicana se expresa lo mismo en las devociones del pueblo que en las manifestaciones de la alta poesía y la pintura contemporáneas.

"Experiencia de la devoción popular. Ejes del discurso:

"–Espíritu unificado y diverso. El alma mexicana es el espíritu que anima el carácter unificado y diverso de nuestra nación. Este espíritu se ha construido a través de la historia en una especie de continuidad o destino nacional.

"–Fundación espiritual. La fundación espiritual de México fue llevada a cabo por los frailes, misioneros y teólogos que defendieron los principios de libertad cristiana, igualdad natural y humildad en el caso de los indios de la Nueva España.

"–Devoción. La devoción fundacional tomó la forma de un cristianismo indianizado: la religión indígena, abierta a la inclusión de nuevos dioses, labró su camino dentro de la nueva fe dando lugar a prácticas y creencias sincréticas.

"–Tolerancia. La devoción se enriqueció posteriormente con la tolerancia manifestada en la apertura a todos los grupos sociales característica de la iglesia barroca.

"–Vocación de libertad. Esta componente del alma mexicana se configura inicialmente en la poderosa imagen mítica de la virgen morena, Nuestra Señora de Guadalupe, aparecida en el santuario de la diosa indígena Tonantzin.

"–Afanos libertarios. La lealtad a la virgen de Guadalupe tiene su expresión más alta en los afanes libertarios de la lucha armada de 1810.

"–Deberá quedar claro que la sala se refiere al presente y expone la devoción popular del mexicano actual destilada a través de los siglos.

"—Herencia española. La vocación de libertad se nutre además por la tradición española, de la cual la cultura hispanoamericana heredó la parte más viva, la de los elementos del Renacimiento más universales y abiertos."